

# EL FIN DEL MILAGRO

Para los nipones, las consecuencias de la guerra del petróleo pueden ser algo más que económicas...

**E**l crecimiento «a la japonesa» está acabado. La vertiginosa elevación del precio del petróleo está provocando en el Japón la crisis económica más grave de la posguerra. Todo el sistema político-social, basado en la superproducción industrial, que sólo es posible gracias a la baratura de la energía, se pone así en tela de juicio.

Es verdad que a consecuencia de la gira del viceprimer ministro, Takeo Niki, por los países árabes productores, donde ha prodigado los gestos y palabras de buena voluntad, el Japón está considerado como un país «amigo», por lo que podrá beneficiarse de un trato de favor. El Gobierno de Tanaka podrá, pues, suavizar las medidas urgentes que acababa de decretar: racionamiento de la electricidad para la industria y necesidades domésticas, limitación de la circulación automovilística. Pero habida cuenta del efecto hiperinflacionista del alza del precio del petróleo, mantendrá las recientes medidas de restricciones presupuestarias y de bloqueo de precios. Tras un período de abundancia, el Japón se somete a un régimen de austeridad.

Por lo pronto, los japoneses toman sus precauciones. En el barrio comercial de Ginza, las tiendas están abarrotadas. Por temor a una elevación de precios, los japoneses compran todo tipo de mercancías fabricadas con derivados del petróleo, desde tejidos artificiales hasta detergentes, pasando por toda la gama de materias plásticas. Temiendo lo peor, las amas de casa hacen provisión de géneros alimenticios. Los muebles de cocina rebosan de arroz, azúcar, harina y conservas de todo tipo. Por miedo a que falté el combustible en pleno invierno o a que se encarezca hasta el punto de que sólo muy pocos puedan permitirse su adquisición, los japoneses están haciendo acopio de combustible para la calefacción doméstica. Los bidones acumulados en las casas particulares, construidas a base de madera y papel, representan un auténtico peligro, pues una simple chispa puede provocar gigantescos incendios.

La fiebre adquisitiva es tanto más alta cuanto que el alza de los precios es del orden del 20 o el 25 por 100 anuales (sólo durante el mes de noviembre rebasó el 3 por ciento). Todos se apresuran a comprar lo que mañana mismo puede costar el doble. Pero el pánico económico no se ha apoderado únicamente de la gran masa de consumidores, sino que afecta igualmente a los privilegiados, que ya no saben dónde depositar su dinero: los depósitos en Banca se deprecian tan rápidamente como se de-

valúa el yen, y la Bolsa de Tokio ha sufrido en unos meses un descenso del 30 por 100. ¿Qué ocurre, entonces? Que muchos inversores se vuelven de la noche a la mañana coleccionistas. En Marunuchi, la galería Wildenstein tiene cada vez más clientes que se interesan por los Pissarro, Renoir o Guardi allí expuestos. Y otro marchante, Cartier, está haciendo auténticos negocios.

## En el peor momento

Los más preocupados son los industriales. Saben que su país depende totalmente del petróleo del Oriente Medio (el 85 por 100 de los recursos energéticos). Y que sufrirá directamente las consecuencias del alza del precio del petróleo y de otras materias primas. Esa elevación impondrá en 1974 una sobrecarga de gastos en divisas que representará como mínimo los dos tercios de la totalidad de las reservas de la Banca del

Japón (quince mil millones de dólares).

La crisis petrolera no podía haber sido más inoportuna. Desde el pasado verano, la coyuntura económica del país se ha venido deteriorando peligrosamente: alza acelerada de los precios, déficit de la balanza de pagos (de cinco mil millones de dólares), desaceleración de la producción industrial. En noviembre, por vez primera en muchos años, la balanza comercial del Japón llegó a registrar un déficit.

Debido a la elevación del precio del petróleo, que conjuga sus efectos con la escasez de los últimos meses debida al embargo, la actividad económica del país, que se desarrollaba a un ritmo de entre un 7 y un 10 por 100, se estancará en 1974, si no llega a sufrir una regresión. Los pronósticos más pesimistas se refieren a la producción de acero y cemento, que podría quedar reducida a la mitad. La industria automovilística, el sector petroquímico y la industria del plástico corren también peligro. La industria papelera sufre una escasez

de materias primas, lo que obligará a los periódicos a reducir su número de páginas en un 20 por ciento en fecha inmediata y en un 50 por 100 de aquí a unas semanas.

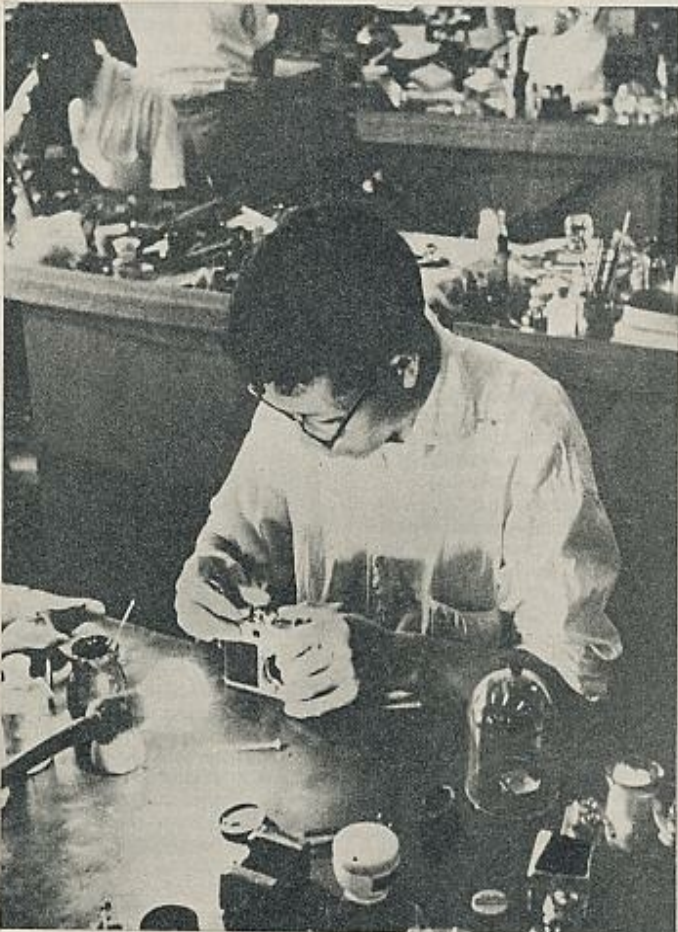
## Una paga extra de siete meses

Koto, «eminencia gris» de Yei-mura, presidente de la todopoderosa confederación de patronos conocida por el nombre de Keidanren, afirma: «El "milagro" japonés ha tocado a su fin. Nuestra expansión estaba fundada en la energía y la mano de obra barata. Ahora bien, el coste del petróleo se ha cuadruplicado desde la guerra del Kippur, y ahora nuestros asalariados ganan casi lo que los europeos. Hemos de revisar toda nuestra estrategia económica. Frenaremos la actividad de esas ramas de la industria que consumen ingentes cantidades de materias primas (industria pesada, química, etcétera) e intensificaremos nuestros esfuerzos en los sectores de punta utilizando pocas materias primas y mucha materia gris y mano de obra. Los ordenadores, el material fotográfico, la televisión, la electrónica, etcétera, tendrán prioridad en adelante. Las industrias pesadas y contaminantes se trasladarán a los países en vías de desarrollo, como la India, Turquía o Brasil, donde ya hemos realizado fuertes inversiones. Para este cambio serán precisos varios años. Y las perspectivas a corto plazo no son nada halagüeñas».

La nueva estrategia elaborada por el Keidanren será, efectivamente, llevada a cabo, pues ya ha sido objeto de un acuerdo de principio entre los pocos personajes que manejan los hilos de la economía y las finanzas del Japón: el «patrono de los patronos», Yei-mura, número uno del Keidanren; Nagano, presidente de la Cámara de Comercio del Japón; Kabayashi, ex presidente del Japan Development Bank, y Kikawada, presidente del Comité de Desarrollo Económico. Esta política de reforma goza también del apoyo del ministro de Hacienda, Fukuda, personaje procedente del mundo de los negocios, que se ha convertido en el «hombre fuerte» del Japón.

Fukuda está llamado a suceder al actual primer ministro, Tanaka, cuya estrella ha palidecido bastante últimamente y al que los dirigentes de la gran industria y de las altas finanzas quieren hacer cargar con la responsabilidad de las dificultades actuales y por venir. Tanaka es un «nuevo rico» que se ve rechazado por el «establishment», el cual le reprocha el haberse identificado con el crecimiento desorbitado de los últimos años, que ha llevado al país a un

En adelante tendrán prioridad los ordenadores, el material fotográfico, la electrónica.





callejón sin salida. La expulsión de Tanaka podría producirse con motivo de las elecciones para la renovación de los diputados de la Cámara Alta, que se celebrarán el próximo mes de junio.

En espera de la puesta a punto de las reformas económicas de estructura y el cambio de equipo político, preparados por el Keidanren y demás organismos representativos de la «clase» de los industriales y los banqueros, habrá que doblar el difícil cabo del primer trimestre de 1974. En el Japón, donde los asalariados están ligados de por vida a sus empresas por víncu-

los paternalistas, no se teme por el momento que se produzcan despidos. En la Canon, una de las principales firmas de material fotográfico, óptico y de calculadoras no sólo del Japón, sino del mundo entero, el patrono, el doctor Takashi Mitarai, garantiza a sus 8.500 asalariados la seguridad de empleo.

En 1973, el personal cobró, además de su salario, una paga extraordinaria de siete meses. Para este año se había previsto incluso un aumento de la plantilla. Pero si disminuye la producción, y, consecuentemente, los beneficios, habrá probablemente que hacer una pau-

sa en la escalada de salarios, que llevaba ya varios años de continuidad. Canon ha triplicado en seis años su cifra de negocios: en 1972 exportó mercancías por valor de cien millones de dólares. En 1974, el ritmo de expansión no podrá ser, naturalmente, el mismo. Pero la Canon, fundada hace cerca de cuarenta años por el doctor Mitarai, forma parte de ese sector privilegiado capaz de producir «valor añadido» con pocas materias primas y cuyo desarrollo intensivo a largo plazo preconiza ahora el Keidanren. Canon tiene, pues, varios triunfos en su mano, que le permitirán ca-

pear la tempestad actual sin sufrir demasiados daños, tanto más cuanto que la sociedad goza del apoyo del Fuji Bank, con el que se halla asociado.

En la misma categoría de empresas aventajadas se sitúa la Akai (tele-video, Hi-Fi). Esta firma, que tiene una plantilla de 2.500 operarios, es una de las más avanzadas de esta rama, que ha alcanzado en el Japón un gran desarrollo técnico y comercial. También la Akai ha duplicado en cuatro años su cifra de negocios. En 1971 llegó a exportar un 91 por 100 de su producción. Uno de los dirigentes de la Akai nos ha dicho: «E s t a m o s atravesando uno de los más difíciles periodos de la posguerra». A largo plazo, sin embargo, la Akai está en buena posición para superar las actuales dificultades y mantener sus posiciones en los mercados internacionales.

De hecho, el problema de la crisis petrolera constituye el eje de todas las especulaciones de los dirigentes políticos y económicos japoneses. En Tokio se teme que el alza del 400 por 100 del precio del petróleo en el plazo de tres meses acabe por provocar tensiones económicas y financieras —paro y bancarrota—, que son las auténticas pesadillas del Japón moderno. Esas tensiones podrían desembocar en peligrosos movimientos sociales y políticos. Así podrían renacer de sus cenizas los viejos demonios de la extrema derecha, el fascismo en el interior y el militarismo en el exterior, que recibieron un golpe fatal a raíz de la rendición nipona en el año 1945.

## Los viejos demonios

Por el momento, los grupúsculos que aspiran a la creación de un «Gran Japón» apenas tienen seguidores en este país, en el que el Ejército, que llevó a la nación a la catástrofe de la pasada guerra, ha perdido todo su prestigio. Pero si el Japón sufre una crisis económica profunda y duradera, las cosas pueden cambiar fácilmente: todo puede ser replanteado, incluida la alianza con los Estados Unidos, que controlan un centenar de bases militares del archipiélago nipón, al que protegen con su sombrilla nuclear. Al mismo tiempo podrían fortalecerse los lazos con la Unión Soviética y sobre todo con la China, que, a despecho del pasado, sigue siendo la única alternativa válida para el caso de que el Japón decidiese revisar en un futuro toda su política exterior.

En el teatro tradicional *kabuki* y en los folletos de la televisión, los fieros y vociferantes samurais siguen siendo los héroes favoritos del gran público japonés. Desplazada del poder a raíz de la derrota, ¿podrá la casta militar granjearse nuevamente el favor del pueblo y el apoyo de las potencias económicas en medio de la confusión resultante del desorden económico? Los observadores de la escena política japonesa descartan hoy por hoy tal eventualidad. Pero, ¿qué ocurrirá si en Japón de 1974 o de 1975 contase con varios centenares de millares de huelguistas? ■ JACQUES MORNAND.